

EL MONTE AREO, LA LLAGUNA DE NIEVARES Y LA COBERTORIA: TRES ESPACIOS FUNERARIOS PARA LA COMPRESION DEL COMPLEJO CULTURAL MEGALITICO EN EL CENTRO DE ASTURIAS

por

Miguel A. de Blas Cortina *

Resumen: Las excavaciones arqueológicas efectuadas en los últimos doce años en enclaves megalíticos aportan una base documental, por vez primera, de entidad suficiente para un intento de comprensión del megalitismo en el sector centro de Asturias. Los ambientes tan contrastados que los acogen: el Monte Arco domina un extenso ámbito marítimo mientras que la Cobertoria se instala en el umbral de la alta montaña, componen posiciones extremas de lo megalítico cuya complejidad se manifiesta tanto en las distintas fórmulas del orden monumental, como en la concepción arquitectónica y en los restantes testimonios culturales asociados. Los grados diversos de interrelación entre toda esa serie de factores, y sus implicaciones en el proceso del poblamiento prehistórico del territorio considerado, componen la base argumental de la exposición.

Palabras-clave: Megalitismo. Poblamiento prehistórico. Asturias.

En términos generales, haciendo por ello abstracción de manifestaciones aisladas conocidas desde hace decenios, no se produce una primera evaluación de fenómeno megalítico en Asturias hasta 1973 con la aparición del *Recuento* de estructuras tumulares¹. En este enorme esfuerzo de catalogación, considerando la dispersión y ubicación de diferentes túmulos, con independencia de su tipología, en la mayoría de las ocasiones desconocida, se rompe el tópico de que tales construcciones prehistóricas coexistían una exclusiva de los sectores montañosos del occidente de la región o de enclaves muy limitados de las tierras costeras orientales. En efecto, se inventarían en el Recuento varias decenas de túmulos distribuidos en torno a la cuenca hidrográfica del Nalón, cubriendo de forma desigual el ámbito que media entre las sierras prelitorales (en Gijón,

* Universidad de Oviedo.

¹ J. M. González, "Recuento de los túmulos sepulcrales megalíticos de Asturias", en *Archivum*, XXIII, Universidad de Oviedo, 1973, 5-42.

Villaviciosa y Sariego) y la depresión central (Llanera y Siero) hasta la cordillera Cantábrica en la divisoria con la Meseta (concejos de Lena o Quirós, *verbi gratia*).

El intento inicial de aproximación a la realidad cultural de esos vestigios arqueológicos, inevitablemente parcial y restringido, arranca en 1976 con la excavación de un pequeño megalito en Sariego y, posteriormente, con los trabajos en los túmulos de Silvota de Bobes y Altu la Mayá, en Siero (1978-1979), y de Piedrafita, en Las Regueras (1980). El análisis arqueológico de las diferentes estaciones investigadas documentaba la compleja variedad de estructuras, tipos y, verosímilmente, tiempos culturales encubiertos por morfologías monumentales de apariencia externa, al menos hoy, semejante. Hablábamos entonces desde megalitos, más o menos clásicos de filiación calcolítica, hasta túmulos con arquitectura interna perceptible que situábamos en un ambiente paramegalítico, o de estructuras tumulares ciertamente extrañas asociables a un momento evolucionado de la Edad del Bronce². Los cuatro lugares, por vez primera investigados en el centro de la región, ponían de manifiesto el polimorfismo de las construcciones tumulares, vinculado en algunas a versiones distintas de un mismo universo cultural o, por el contrario, a conceptos e inserciones tempoculturales muy distintos.

A partir de 1981, campañas sucesivas de excavación se aplicaron ya no en análisis puntuales, sino en una indagación intensiva sobre conjuntos tumulares de presumible pertenencia al complejo cultural megalítico. Situados en emplazamientos diferentes, cabría esperar, presumiblemente interrelaciones también distintas con el entorno circundante, generándose en cada caso formas culturales diferenciadas cuya cercanía o distancia cronológicas convendría al mismo tiempo aquilatar. Corresponden las zonas elegidas a medios tan dispares como la alta montaña (La Cobertoria), sierras prelitorales (la Llaguna de Niévares) y sierras bajas, inmediatas al mar (Monte Areo) (fig. 1). Las enseñanzas obtenidas en dichas estaciones, tras la excavación de una docena de monumentos constituyen hoy el corpus fundamental para un primer conocimiento del multiforme megalitismo, hasta ahora sinónimo exclusivo de neolitización, en el también variado paisaje de las comarcas centrales de Asturias.

² M. A. de Blas Cortina, "El túmulo dolménico de *El Cantón I* (Sariego)", *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 10, Madrid, 1980 (9-35). ID., "Los túmulos de Silvota de Bobes y Altu la Mayá", *N.A.H.*, 12, 1981 (11-42). ID., "Piedrafita V. Nuevos aspectos sobre el polimorfismo de las arquitecturas funerarias prehistóricas en el N-NO. de la Península Ibérica", *Arqueología*, 12 Porto, 1985 (129-136).

1. DESCRIPCIÓN SUMARIA DE LAS ESTACIONES

Pretende la exposición que sigue, no sólo la referencia resumida de las tres estaciones investigadas, bajo una perspectiva arqueológica estricta, sino también la valoración de su entorno, mediato e inmediato, a la organización interna del dispositivo monumental, y de los diversos factores pertinentes para una posible construcción del juego de contrastes y afinidades entre estaciones que, por su propio ambiente espacial, deberían corresponder a formas variadas en la radicación del poblamiento humano, neolítico *sensu lato*, en ambientes de diferencias acusadas.

El orden establecido se acomoda con la mayor cercanía al mar y la menor altitud de los territorios de implantación de las respectivas necrópolis. Iniciamos pues la exposición con el enclave más bajo y costero.

A. Monte Areo (Carreño)

Este extenso conjunto tumular constituye una de las mayores sorpresas que, en los últimos años, haya generado la investigación arqueológica en lo que a los tiempos postpaleolíticos se refiere. En efecto, quien conozca el paisaje regional comprenderá el carácter llamativo de una gran concentración de túmulos en un relieve de escasa altitud entre las ciudades de Oviedo, Gijón y Avilés, un territorio densamente poblado, concentración inadvertida hasta 1989. Posteriormente, en la primavera de 1991, una exploración sistemática del Monte, previa a las excavaciones que se iniciarían el mismo año, permitió el reconocimiento de una treintena de estructuras prehistóricas, cantidad inesperada.

Es Monte Areo un relieve estrecho y alargado que, en dirección O.SO-NE. E se extiende por los concejos de Carreño, especialmente, y Gijón, finalizando al NE en la Campa Torres, en aguas del mar Cantábrico. Actúa Areo como una aparente barrera de separación entre las tierras de suave topografía de la región costera de Peñas, al N., y la cuenca sedimentaria central asturiana, al S. Esta posición destacada permite que se vea la sierra desde puntos diversos, ofreciéndose como una referencia espacial de primer orden. En su conformación son también determinantes la baja altitud y el aplanamiento (en realidad son viejas plataformas marinas), dispuesto su lomo, sumariamente, en dos escalones que se suceden en torno a los 150 m. y 250 m., respectivamente. La elevación sobre las áreas bajas que dominan es discreta: 175 m. en el N. y, algo más acentuada, 200 m. en el S., pero suficiente para erigirse en un espléndido mirador tanto hacia la región de Peñas, con el océano al fondo, como sobre extensos sectores de la Cuenca Central. Pese a esta situación de dominio, las tierras bajas están próxi-

mas y el tiempo de desplazamiento desde las mismas hasta los lugares funerarios resulta breve. Esta última nota delata ya algo que más adelante será considerado: la perceptible cercanía entre el espacio vital y el funerario.

El complejo monumental del Monte Areo es, además, único en su entorno más inmediato, de modo que en su ámbito de influencia apenas hay estructuras semejantes identificadas.

La elección por los constructores prehistóricos parece, pues, manifiesta, al igual que la cartografía de las distintas localizaciones aporta en su análisis la configuración de un plausible orden monumental. En primer término, se observa la elección clara de planos horizontales para cada arquitectura; se reparte, así, la necrópolis en dos grandes áreas correspondientes a los dos niveles ya señalados. La forma de distribución de los túmulos permite, al mismo tiempo y tal como reflejamos en la fig. 2, distinguir tres zonas monumentales individualizadas: X, Y, Z, entre las cuales cabe observar una notable equidistancia. Las áreas X e Y se estructuran, a su vez, en agrupamientos de rango menor, integrados por dos o tres arquitecturas y sólo en un número superior, seis, en el área X. Al mismo tiempo, y también de manera sucinta, existe alguna estructura aislada. No es este, sin embargo, lugar para el desarrollo de las múltiples sugerencias que el intento interpretativo de este orden nos suscita.

La extensa necrópolis parece cumplir con lo apuntado el papel de un complejo funerario múltiple que reúne, sobre un eje de poco más de cuatro kilómetros, distintos agrupamientos de tumbas, verosíblemente correspondientes a comunidades prehistóricas diferentes, localizables tanto al N. como al S. de la sierra, disponiendo seguramente de territorios de hábitat y de aprovechamiento económico establecidos con una cierta precisión.

Iniciadas las excavaciones en 1991 son dos, por el momento, los túmulos excavados (núms. VI y XV) aportando dos conceptos arquitectónicos distinguibles con claridad. En el VI, un potente túmulo bien construido con un aporte de sedimentos trabado o recubierto por sendas capas de bloque de piedra, ocultaba por completo, circunstancia por vez primera constatada en el megalitismo regional, la cámara, totalmente invisible desde el exterior. Esta última, de planta cuadrangular, se cerraba con un bloque único de cubrición. El túmulo XV, con un dispositivo monticular de cierta semejanza con el anterior, envolvía una cámara diferente provista de un corto pero neto corredor de acceso, tipo cameral desconocido hasta este hallazgo en todo el centro de Asturias.

La monumentalidad de este dolmen mantiene una coherente relación con el ajuar fúnebre recuperado (no hay aquí materiales debidos al azar o aportados por las tierras del túmulo): un rico conjunto laminar elaborado en sílex de alta calidad, algún geométrico y puntas de retoque plano bifacial (además de los habituales pulimentados). El trinomio instrumental aludido indica por los ras-

gos tecno-tipológicos su correspondencia con un momento bastante evolucionado de los megalítico, en un calcolítico temprano para el que la fecha C-14 (GrN-19724), no corregida, 5040 (\pm) 70 B.P., sería orientativa.

B. La Llaguna de Nievares (Villaviciosa)

La estación, excavada entre 1987 y 1990, es también de reciente conocimiento. En este caso, pese a su relativa proximidad al mar (al N. y a unos 7,5 km en línea de aire) mantiene el paisaje netas diferencias con el visto en Monte Areo. La necrópolis se inscribe en las proximidades del Picu Curiella (541 m. s. n. m.) en el extremo septentrional de un cordal prolongado que corre en dirección N-S e integrado en un sistema orográfico de frecuentes inflexiones, el que componen las sierras prelitorales erguidas entre la Cuenca Central (en este caso, la depresión de Sariego) y la rasa costera de Villaviciosa. En consecuencia, y aunque desde la necrópolis se logra una extensa panorámica sobre el litoral (al O. y a unos 20 km. está el Monte Areo), el ambiente real es el de media montaña, cerrado al S. el territorio por el cordón serrano en el que se elevan cotas superiores a los 750 m. Las tierras bajas inmediatas (fig. 3) se sitúan ya tras un desnivel de 400 ó más metros por debajo de las cotas de situación del espacio prehistórico. El enclave domina y articula tres espacios diferenciados: la costa al N, y los valles feraces de Villaviciosa al E. y Peón al O.

Comprendiblemente, el orden monumental en un medio morfológicamente complejo y quebrado responde a pautas organizativas distintas a las percibidas en Monte Areo. El conjunto de la Llaguna se compone de siete estructuras seguras, más otras dos probables. Tomándolo como centro de referencia, en el ámbito comprendido en un radio de menos de 7 km. son 10 las localizaciones tumulares conocidas, superando en total los 40 monumentos.

En todos los casos, bien los agrupamientos (2, 3 ó 6 túmulos) o las arquitecturas aisladas, se erigen en posiciones topográficamente dominantes, siguiendo en su distribución el rumbo N.NE-S.SO de los cordales. Cinco de los lugares se encuentran entre los 400-500 m. de altitud, cuatro por encima o hacia los 300 m., y dos, por debajo de la cota 200³. Hay además túmulos dispersos en lugares diferenciados, a veces tenuemente, en el espacio ya más homogéneo de la rasa costera, en cotas que oscilan entre los 100 y 200 m. (se anotan al menos una decena de lugares en las tierras bajas litorales). La densidad tumular

³ Esta distribución se registra en el mapa arqueológico incluido en: A. Martínez, O. Requejo, C. Cabo y M. Jiménez, "Las cartas arqueológicas de Gijón y Villaviciosa. Métodos y resultados", en *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-90*, Oviedo, 1992 (238).

es, pues, alta, de 7,63 túmulo/ km². Como límite, hoy insuperable, está el hecho de que, en casi la mayoría, su filiación arquitectónica y cultural nos es desconocida, aunque entre los elevados en ámbito de montaña la presencia de elementos ortostáticos, como atributo genérico, es bastante común.

Volviendo a la Llaguna, cinco de sus túmulos se disponen en una superficie reducida, y extendidos sobre un eje de 250 m; resulta inevitable la percepción de un conjunto funerario organizado. La proximidad física entre las arquitecturas no se traduce, sin embargo, en uniformidad tipológica; ocurre todo lo contrario. La fórmula constructiva más clásica es la del túmulo C: una cámara poligonal encerrada en un túmulo poco común por la extrema minuciosidad con que fue construido, partiendo de un primer túmulo de piedra de volumen hemiovoide que recubría el recinto sepulcral. Tanto las arquitecturas A como D son muy diferentes y ajenas a las fórmulas megalíticas convencionales: D es un gran túmulo con una potente coraza exterior en la que algunas piedras pueden llegar a pesar centenares de kg. Ese trabado edificio, que implica un considerable esfuerzo de acopio de materiales y de ejecución, encierra en su centro una pseudocámara minúscula que, si realmente cumplió una función fúnebre ésta tuvo que producirse con anterioridad a la erección del gran montículo artificial. Distinto en su concepto constructivo el A que, carente de cámara, ofrecía, no obstante, uno o dos ortostatos, además de un empedrado y de un gran bloque depositado en el *solum*⁴. Todo ello se encontraba sellado por una potente capa, inalterada, de sedimento. Finalmente, la arquitectura E era una obra aparente; es decir, aprovechando una elevación del sustrato rocoso fue dispuesta una película de bloques que, externamente, se confunde con un verdadero túmulo. Estamos así ante un falso túmulo aunque prehistórico, inmediato a D con cuya expresión monumental se debiera articular.

Los documentos industriales asociados no desdican de los propios de un megalitismo arquitectónicamente clásico: productos laminares, piezas pulimentadas y microlitos, exclusivamente geométricos (trapecios). Entre estos últimos, los de A y C responden a viejas tradiciones (retoque abrupto y técnica del microburil), mientras que en A está presente el retoque en doble bisel⁵, más genuinamente neolítico.

De dos de los monumentos se obtuvieron fechas C-14 a partir de fragmentos de carbón vegetal asociados a los episodios basales de las respectivas arquitecturas: túmulo A, 5175 (±) 25 B. P. (GrN-18282) y 5140 (±) 60 B. P. (GrN-18283);

⁴ Los saqueos en el monumento dificultan, obviamente, la absoluta comprensión de su estructura; queda excluida, pese a ello, cualquier posibilidad de continuidad ortostática integrando un recinto cameral específico.

⁵ M. A. de Blas Cortina, "Arquitecturas megalíticas en la Llaguna de Niévares (Villaviciosa)", en *Excav. Arq. en Asturias 1987-90*, 1992 (113-128).

y túmulo D, 5135 (\pm) 40 B. P. (GrN-16647) y 5110 (\pm) 60 B. P. (GrN-16648). Las determinaciones radiocarbónicas, de gran coherencia entre sí, apuntan a un marcado sincronismo entre los monumentos “extraños” y a la antigüedad de ese megalitismo *sui generis*.

C. La Cobertoria (Lena-Quiros)

Este complejo conjunto prehistórico, sito en el umbral de la alta montaña, se localiza en el sector meridional de la Sierra del Aramo, entre altitudes de 1.220 y 1.331 m. El dispositivo monumental sigue el rumbo S-N del cordal en que se asienta, en la divisoria entre los valles de Lena (al E.) y Quirós (al O.), tierras bajas que se encuentran ya, realmente, distantes, salvando para acceder a ellas un desnivel que puede alcanzar, en Lena, los 900 m.

En ese medio montañoso, quebrado y de pendientes pronunciadas, la densidad tumular resulta, comprensiblemente, muy baja. Con el mismo radio considerado en las otras dos estaciones (6-7 km.) sólo pueden ser anotadas siete estructuras, dispersas en principio en puntos elevados y bien visibles en su medio orográfico. El orden monumental es, en un territorio de tal naturaleza, comprensiblemente primario (fig. 4).

La mayor densidad corresponde al área de La Cobertoria, con seis estructuras vistas, excavadas entre 1981 y 1987⁶. Tres de las arquitecturas se levantan en lugares inteligibles, puntos de tránsito de un valle a otro, en plena articulación entre las laderas confluyentes. Ocurre así en el lugar de Los Fitos y en la Collá Cimera. Un megalito ocupa el punto culminante del cordal (El Llagüezu); otros dos (Mata'l Casare I y II) se escapan a la norma, discretamente dispuestos en plena vertiente aunque no lejos del Collado de La Cobertoria y del itinerario por el que se produce el tránsito de valle a valle.

Con tan parco número de monumentos ofrece La Cobertoria, sin embargo, perfiles variados. Los dolmenes de la Collá Cimera o del Llagüezu, p. ej., eligen posiciones estratégicas (collado o vértice geodésico), dominantes y expresivas de modos de asentamiento propios en la montaña. Mata'l Casare I y II, por el contrario, escapan a esa norma, casi imperceptibles en un plano con una pendiente próxima el 35 %. Las hipotéticas razones de tan peculiar elección espacial, basadas en la idea de que un pequeño grupo de individuos sólo puede mover grandes bloques en un medio inclinado y que, en consecuencia, sacrifican la

⁶ M. A. de Blas Cortina, “Excavaciones arqueológicas en la necrópolis megalítica de La Cobertoria (divisoria Lena-Quirós) y en los campos de túmulos de Piedrafita y el Llanu la Vara (Las Regueras)”, en *Excav. Arq. en Asturias, 1983-86*, Oviedo, 1990 (69-77).

bondad de la ubicación a cambio de la monumentalidad, ya la hemos apuntado en otra oportunidad⁷. Por último, las dos estructuras de Los Fitos se emplazan también en un pequeño collado.

Desde un punto de vista arquitectónico, El Llagüezu, la Collá Cimera y Mata'l Casare I y II resultan afines. Son megalitos *sensu estricto* con cámaras ortostáticas de tendencia cuadrangular, túmulos bien perceptibles y, cuando se conserva, alguna poderosa laja cobertera (Mata I). La definición del tipo constructivo es tan expresa que Mata I y II, pese a su posición insólita, disponen, asimismo, de su túmulo pétreo y, no podría ser de otro modo, inclinado e integrando arcos-contrafuerte para evitar el desplazamiento de la cámara, además de grandes bloques periféricos en el túmulo para contener su relleno. Mata I y II son, pues, verdaderos dólmenes aunque carentes de ajuar o de industria asociada a la arquitectura. La notable salvedad a este aserto es que de Mata I procede el espléndido anillo de tiras, en oro, datable en el Bronce Antiguo⁸ y que, como razón más verosímil, provendría de la tardía utilización de un viejo dolmen. Con ello aceptamos la idea de que el uso prolongado de las cámaras megalíticas raras veces se refleja en modificaciones de su estructura primaria⁹.

Por el contrario, tanto el Llagüezu como La Collá, megalitos que ocupan posiciones clásicas y destacadas, con sus túmulos bien definidos de piedras y sedimento debidamente ordenados, aportan una industria lítica a la que es difícil calificar de otro modo que arcaizante. Un bajo índice de laminaridad (imperceptible en el Llagüezu), y sendos geométricos por arquitectura, contrastan con una industria tallada (más de la treintena de raspadores en el sedimento de la Collá Cimera) microlítica y arcaica que rezuma recuerdos epipaleolíticos. Sin entrar aquí en consideraciones más extensas sobre el porqué de tal ambiente material y técnico, pudiéramos admitir que las posiciones de preeminencia topográfica de estos dos dólmenes simples corresponden a las instalaciones más antiguas de la necrópolis; es decir, a la presumible inauguración de ese elevado territorio funerario. La excentricidad del emplazamiento de Mata I y II plantea la irresoluble cuestión de contemporaneidad o diacronía con respecto a los anteriores, mejor situados, sucesión de acontecimientos que resulta, no obstante, razonable.

⁷ M. A. de Blas Cortina y J. Fdez. Tresguerres, *Historia Primitiva en Asturias. De los cazadores-recolectores a los primeros metalúrgicos*, Gijón, VI Centenario del Principado de Asturias 1388-1988, S. Cañada Ed., 1989 (147).

⁸ M. A. de Blas Cortina, *La prehistoria reciente en Asturias*, Oviedo, 1983 (130-131) y específicamente en ID., "El anillo áureo de tiras de la Mata'l Casare I y su localización megalítica", en *Madridrer Mitteilungen*, t. 35 (en prensa).

⁹ I. Kinnes, "Dialogues with Death", en *The Archaeology of Death*, eds. by R. Chapman, I. Kinnes and K. Randsborg, Cambridge University Press, 1981 (83-91).

Por último, en Los Fitos se concreta un ciclo cultural diferente y posterior. Una de las arquitecturas refleja, en tamaño claramente reducido, los rasgos esenciales de los megalitos de la zona. La pequeña cámara acogía un hacha plana (con aleación de Sn) y una placa con perforaciones en los extremos (un buen ejemplar de los demoninados brazales de arquero). Indudablemente, este “micromegalito”, con su túmulo de piedra, es ya un monumento sepulcral del Bronce Antiguo avanzado.

La filiación de la estructura restante, muy próxima a la anterior, encierra bastantes problemas y ninguna certeza. Se reduce a un alineamiento semicircular de pequeñas lajas hincadas con un diámetro de unos 15 m. En el centro geométrico del semicírculo se identificó un hogar rehundido en el *solum*. Fueron allí recuperados los restos de una industria lítica escasamente expresiva que, en parte, parece asociada al aludido hogar.

Al menos globalmente, La Cobertoria no sólo ofrece una clara diacronía monumental; también parece conformar una prelación temporal en la progresiva construcción, acumulativa, de la necrópolis: lo más antiguo en los enclaves dominantes; lo posterior, en posiciones de menor rango topográfico.

II. EL JUEGO DE AFINIDADES Y CONTRASTES COMO REFERENTE DE LA EXTENSION NEOLITICO-MEGALITICA

Los casos anotados sucintamente componen la documentación actual más detallada para acercarse al poblamiento neolítico en el espacio en estudio. La diferente morfología de los territorios considerados implica múltiples distinciones entre uno y otro conjunto prehistórico. Las desiguales densidades monumentales sugieren densidades de población también diferentes, comprensibles cuando corresponden a medios ambientales diversos (Fig. 5). Si partimos de la idea tan generalizada, que nosotros hicimos propia hace años, de que el espacio de los muertos organiza el de los vivos¹⁰ y que el paisaje megalítico, por ello, es un referente del orden territorial establecido¹¹, los tres ámbitos megalíticos reflejan la diversidad nacida de un conjunto de intenciones comunes en su origen. En Monte Areo, la concentración tumular y su orden monumental se acomodan bien con un territorio de suave topografía y de recursos múltiples (incluidos los aportados por el mar) en el que no hay ningún imperativo climático que impida su ocupación continuada. Aunque el área funeraria fuera, por su naturaleza

¹⁰ B. D'Agostino y A. Schnapp, “Les morts entre l'objet et l'image”, en *La mort, les morts dans les sociétés anciennes* (Dir. de G. Gnoli y J. P. Vernant), Cambridge University Press & Ed. Maison des Sciences de L'Homme, 1982, 19.

¹¹ De Blas y Fdez. Tresguerres, *Historia primitiva...*, 115-116.

especial, inexplorada, las zonas productivas económicamente estarían cercanas, pudiendo verificarse el acceso a los sepulcros en cualquier estación del año. El extenso territorio articulado por esta sierra longilínea y baja pertenecería a comunidades distintas entre las que el verosímil reparto del espacio mortuorio sea tal vez el causante de la distribución y agrupamientos monumentales que anotamos en la figura 2.

Buena parte de estos argumentos son aplicables a la necrópolis de La Llaguna; en La Cobertoria, sin embargo, observamos un territorio menos poblado en el que el acceso a las tumbas es poco viable en los meses invernales, cuando la nieve, de otoño a primavera, sería un meteoro frecuente. La baja densidad monumental, esperable en un ámbito duro; el desplazamiento valle-línea de cumbres se inscribe además en un itinerario largo y penoso. Los recursos serían, no obstante, estimables. No se debe menospreciar la potencialidad alimenticia de los pastos polifíticos de los tramos superiores de la cordillera de modo que la visita al territorio funerario no debía entrañar conflictos con la simultánea explotación de sectores serranos circundantes, carentes de las imposiciones rituales que afectarían a las necrópolis. Los valles, profundos y estrechos, acogiendo en sus laderas masas forestales considerables¹² compondrían un biotopo de notable rendimiento energético. La reconstrucción paleobotánica describe para el entorno de la Mata'l Casare un ambiente muy boscoso con *Quercus* como género principal acompañado por *Corylus* como orla. Esta realidad forestal tiene un evidente corolario: ¿cuántos megalitos estarían envueltos por arbolado en su época? y ¿qué sentido tiene en tales circunstancias hablar de si el megalito vé o es visto? Es probablemente su ámbito el perceptible en el paisaje, y no siempre la propia arquitectura. La generalización oculta inevitablemente las situaciones específicas.

La producción del bosque atlántico puede alcanzar anualmente entre 20 y 25 Tm de alimento por Km², alimento provisto de un alto aporte vitamínico (en especial vitamina C) y mineral, superior incluso al de una dieta basada en el grano y la carne¹³. Pasto y bosque serían parte de los estímulos básicos para la paulatina ocupación del interior montañoso con unas pautas demográficas y económicas (sin duda el viejo modelo epipaleolítico de subsistencia seguiría siendo útil) distintas a las operativas en la Cuenca Central y en el espacio

¹² Hace ya años que el sedimento basal y tumular de La Mata'l Casare fue objeto de análisis polínicos por M. Dupré Olliver quien los recoge en su *Palinología y Paleoambiente. Nuevos datos españoles. Referencias*, S.I.P. y Universidad de Valencia, 1988, 89-91.

¹³ P. I. Bogucki, *Forest, farmers and stockherders. Early Agriculture and its consequences in North-Central Europe*, Cambridge University Press, 1988, 81.

costero.

En lugares como La Cobertoria, en un riguroso medio de montaña, la idea además de que las altas cumbres constituyen el tránsito al ámbito celeste, adquiere una acentuada intensidad y la elección (¿religiosa?) de un lugar sobreelevado para el uso fúnebre es por ello más precisa que en las áreas de morfología menos abrumadora.

El sello de las condiciones y factores implicados tan heterogéneos y apenas enunciados, tal vez pueda percibirse en la propia volumetría de los túmulos considerados. El gráfico que incluimos (Fig. 6) muestra el progresivo aumento en el tamaño de la superficie de cada una de las arquitecturas a medida que descendemos en altitud. Las posiciones extremas corresponden al pequeño dolmen de la Collá Cimera, en La Cobertoria, y al túmulo XXIII del Monte Areo. El potencial constructivo, o número de operarios implicados en la erección de aquel megalito a 1.331 m de altitud, tuvo que ser indudablemente menor que el requerido, por ejemplo, en la Llaguna D, donde sólo el acarreo y acopio de sedimento y de los bloques de piedra utilizados en el voluminoso túmulo tuvieron que precisar un generoso gasto energético.

La consideración de la tipología monumental concuerda con lo ya anotado. En La Cobertoria, el modelo imperante radica en una sencilla cámara ortostática, de tendencia subrectangular, reforzada por bloques-contrafuerte en su contorno, y cubierta por un túmulo que puede incorporar un anillo peristáltico (La Collá Cimera) o un ritmo claro de capas de sedimento alternadas con otras de piedra (El Llagüezu). La misma receta, con particularidades comprensibles, se observa en Mata I y II en su peculiar asentamiento inclinado. Más aún, el modelo perdurará en Los Fitos en plena Edad del Bronce.

Podemos hablar, por tanto, en esta necrópolis de alta montaña de homogeneidad arquitectónica, de un clasicismo tipológico, que subsume no sólo espacios de asiento diferentes sino, marcos tempo-culturales distintos entre sí. Tradición y conservadurismo en La Cobertoria, en síntesis, frente a la diversidad y mayor apertura a conceptos innovadores observables en el Monte Areo y la Llaguna de Nievares.

En el último cuarto del IV milenio a. C., según el C-14 convencional, se erigen en La Llaguna arquitecturas poco ajustadas a los diseños megalíticos típicos (salvo Llaguna C de cámara poligonal). No debe extrañarnos este hecho y que la progresiva difusión de lo genéricamente denominado megalítico produzca formas arquitectónicas variadas cuya relación con el rito fúnebre es una hipótesis aceptada aunque con difícil, en nuestro caso, confirmación empírica. Rarezas como el túmulo A, — que no ofrece nada que realmente sea una cámara y sí ortostatos inconexos y pavimentos sellados por una potente y ordenada estructura tumular-, tienen su correlato en túmulos como Chã de Santinhos II (y también

una cierta proximidad cronológica en fechas C-14)¹⁴. En la misma región cantábrica, investigaciones recientes documentan estructuras que se escapan a la simplicidad de las clasificaciones tipológicas habituales: el túmulo 24 de la Sierra de La Borbolla, en el oriente de Asturias¹⁵, u otro en el conjunto de Trikuaiñti (Guipuzcoa) lo corroboran¹⁶. Tanto en el ejemplo portugués como en el vasco las extrañas estructuras se asocian a megalitos más o menos comunes.

También en La Llaguna la pequeña pseudocámara del gran túmulo D estuvo sepultada por más de dos metros de sedimento y de piedra y nunca pudo ser, por ello, reutilizada. La estructura E, un falso túmulo prehistórico que acompaña al D reafirma la complejidad o diversidad estructural en una misma estación, ¿trasunto, acaso, de un universo ritual elaborado o de concepciones funerarias distintas y presentes en un mismo espacio mortuorio?

Por lo visto hasta el momento, Monte Areo reúne también diversidad, dentro de un formulario clásico, incluyendo cámaras ortostáticas desarrolladas e, incluso, con un corredor corto pero bien definido. La diferencia de uso entre cámaras accesibles cuantas veces sea preciso (Monte Areo VI y XV) y lo huecos camerales sellados para siempre tras su primer y único empleo (de nuevo Llaguna D) tienen que corresponder a conceptos funcionales (y rituales) bien diferentes.

Si se toman las industrias líticas como base comparativa, las tendencias inferidas de las arquitecturas ganan en solidez. En La Cobertoria, el retoque abrupto en los geométricos y la frecuencia de los raspadores, muy sumarios y microlíticos (de aire aziloide), declaran un tono industrial de raigambre epipaleolítica-geometrizada; arcaísmo, en última instancia. El retoque en doble bisel en La Llaguna, el plano invasor sobre foliaceas o láminas en el Monte Areo, anotan, por el contrario, una mayor renovación técnica, aunque con distancias entre el acento neolítico y lo ya propiamente calcolítico. En ambas estaciones concurre también un buen desarrollo de lo laminar apenas presente, por el contrario, en La Cobertoria. De la relación entre estos últimos productos y los demás elementos tallados da cuenta el histograma de la fig. 7. La estima de lo laminar radica también en las proporciones de tales productos: los promedios dimensionales son altos en M. Areo frente al tamaño muy reducido de las escasas láminas de La Cobertoria. Si en Monte Areo se observa una manifiesta selección de la materia prima, estamos ante un probable testimonio de la

¹⁴ V. Oliveira Jorge, "Les tumulus de Chã de Santinhos (Ensemble mégalithique de Serra de Aboboreira, Nord du Portugal)", en *Arqueologia* 12, 1985, 111 y ss.

¹⁵ P. Arias y C. Pérez, "Investigaciones prehistóricas en la Sierra Plana de La Borbolla (1979-1986)", en *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-86*, Oviedo, Principado de Asturias, 1990, 147-151.

¹⁶ J. A. Múgica y A. Armendáriz, "Excavaciones en la estación megalítica de Murumendi (Beasain, Guipuzcoa)", en *Munibe*, 91, 105-165.

importación, desde regiones relativamente lejanas, de láminas acabadas, en La Cobertoria se recurrió solamente a nódulos pequeños, con una gran economía material, hecho vinculado con una conducta menos exigente y adaptada a los recursos más inmediatos.

También en Monte Areo XV, en el tránsito del IV al III milenio, concuerda su arquitectura evolucionada con una expresiva asociación de tipos en el ajuar: el binomio punta de retoque plano-trapecio rectángulo. Este último geométrico es rarísimo en el Cantábrico¹⁷ y, en cambio, dominante en algunos megalitos de la Meseta Norte. Ocurre así, al menos, en el salmantino de La Veguilla, donde rectángulos y foliaceas de retoque invasor perfilan un fuerte influjo cultural, tardío, portugués¹⁸. En todo caso, el carácter noroccidental de algunos megalitos como Monte Areo ratifica la propuesta que hicieramos hace años para una parte del megalitismo astur representada en el sepulcro pintado de Santa Cruz, en la cuenca del Sella¹⁹; además, el binomio tecno-tipológico señalado indica una situación de modernidad con buenos referentes en los dólmenes evolucionados del SO. peninsular o en las cuevas artificiales del Tajo.

¿Significan los contrastes señalados una pronunciada diacronía entre las estaciones consideradas? Es probable que no. En tal posición podría concluirse, erróneamente, que la existencia de un ámbito megalítico tan estratégico y cercano al mar como Monte Areo fuera posterior a la de los dólmenes montañoses de La Cobertoria. Por el contrario, debe ser siempre considerada una relativa y genérica contemporaneidad, de modo que el arcaísmo industrial visto en estos últimos no deba entrañar, ineludiblemente, una antigüedad mayor que la correspondiente a fórmulas más evolucionadas en las tierras bajas. Lo cierto es que en La Cobertoria el espacio funerario alcanza en su empleo, como vimos, la Edad del Bronce, perennidad desconocida en La Llaguna y, por ahora, en Monte Areo.

En consecuencia, la diacronía en principio perceptible debe ser valorada en cada necrópolis en particular. Monte Areo VI y XV bien pudieran significar un antes y un después en el ordenamiento de la extensa sierra funeraria costera; igualmente, los monumentos de la Collá Cimera y Los Fitos, o la continuidad de usos en la Mata'l Casare I con su joya del Bronce Antiguo, revelan en La

¹⁷ En 1984, sólo se computaban dos ejemplares en todo el megalitismo vasco: A. Cava, "La industria lítica en los dólmenes del País Vasco meridional", en *Veleia I*, 1984, Universidad del País Vasco, 100.

¹⁸ J. A. Soler, "La industria lítica del dolmen de La Veguilla (Salamanca)", en *B.S.A.A.*, LVII, 1991, 9-52.

¹⁹ M. A. de Blas Cortina, "La decoración parietal del dolmen de la capilla de Santa Cruz (Cangas de Onís, Asturias)", en *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 98, Oviedo, 1979, 717-757.

Cobertoria tiempos bien diferentes y una larga continuidad a través de siglos.

Las novedades en La Cobertoria parecen tardías, introducidas en la Edad del Bronce, cuando el impulso de la minería del cobre tuvo que actuar como un seguro revulsivo del viejo estatismo megalítico²⁰. El cambio sugiere, en este enclave montañoso, un neto contraste entre la tradición y la novedad; el uso del mismo espacio funerario, garante de la perpetuación del “archivo genealógico” no excluye modificaciones tan sustanciales (¿afirmación de individualidades acaso relacionadas con el control/distribución del cobre?) como la que el túmulo de Los Fitos anima a recrear.

La Llaguna y Monte Areo, lejos del estatismo comentado, reflejan un mayor dinamismo acorde con unos mecanismos de reparto territorial más afinado entre comunidades vecinas. Productividad-potencialidad de recursos en el territorio favorecen tasas de población más elevadas y, por ello, una mayor pluralidad de formas culturales, cuyo reflejo puede ser captado en monumentos tan heteróclitos como los que se agrupan en La Llaguna. Es este, en fin, un megalitismo de tierras bajas que habla de una mayor intensidad y fluidez en las relaciones intercomunitarias, de la percepción de ciertas innovaciones técnicas y, probablemente, ideológicas o espirituales (dólmenes de corredor, o como vemos más al E, dólmenes pintados).

Los tres focos megalíticos comentados, abiertos a la mutación unos (los costeros) y anclados a la reiteración los de montaña, componen aspectos complementarios en la comprensión del poblamiento de las comarcas centrales de Asturias, poblamiento radicado en biotopos muy distintos. Esos portadores del primer repertorio cultural neolítico probado aquí, resultan difícilmente filiales en estadios de vida humana previos. El aire epipaleolítico de las industrias en piedra de La Cobertoria no cuenta, por ahora, con antecedentes en su propio territorio; la intensidad del poblamiento tardopleistocénico en el sector medio de la cuenca del Nalón es considerable pero los sedimentos holocénicos en cuevas aparecen normalmente arrasados. La existencia, pues, de un epipaleolítico tardío, postaziliense en sentido amplio, es aquí desconocida. Un epipaleolítico distinto basado, en parte, en los recursos litorales, el asturiense, es el solo testimonio de vida antemegalítica en las inmediaciones del Monte Areo y de la

²⁰ M. A. de Blas Cortina, “La minería prehistórica del bronce en las montañas astur-leonesas”, en *Minería y metalurgia de las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, I Coloquio Internacional, Madrid, 1989, 143-153. ID., “Minas prehistóricas del Aramo (Riosa). Campaña arqueológica de 1987”, en *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-90*, Oviedo, Principado de Asturias, 1992, 59-68.

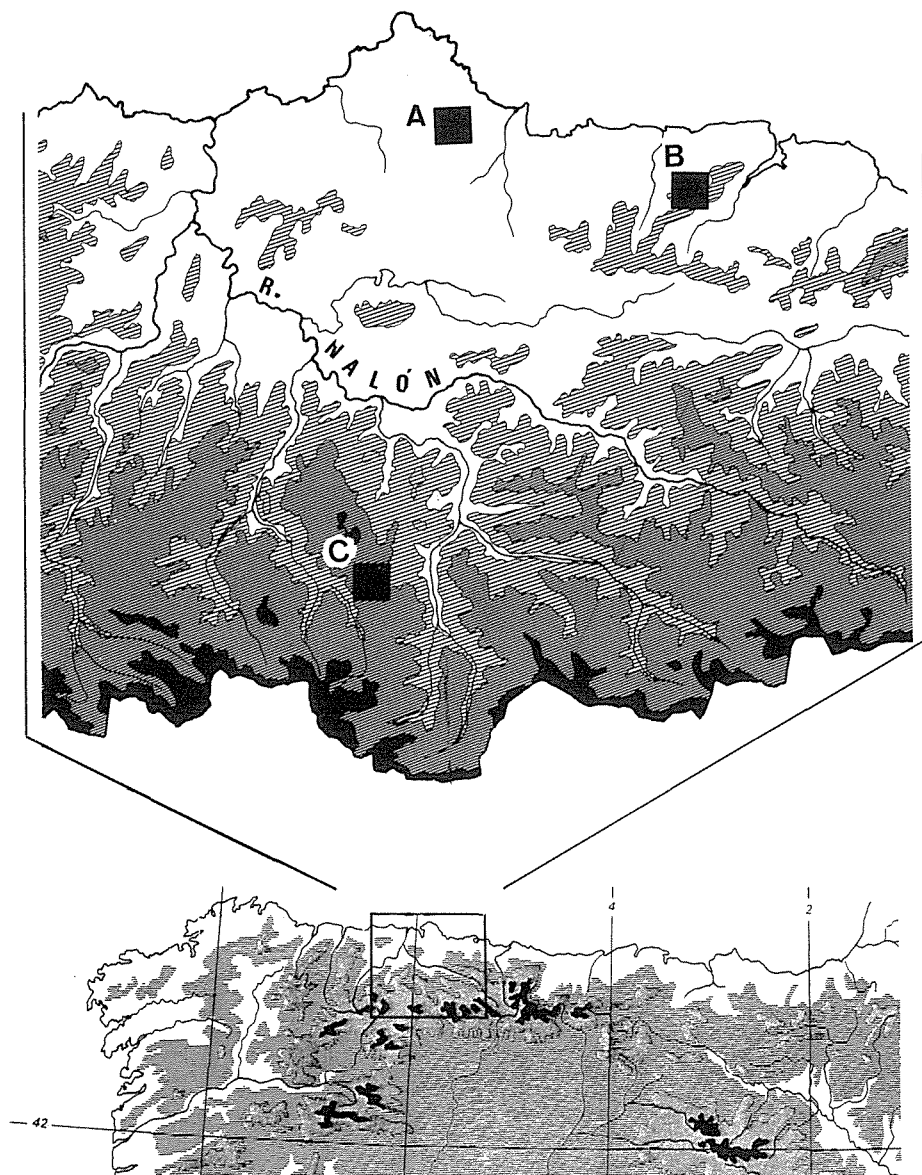
Llaguna de Niévares²¹. Por el momento, las conexiones plausibles entre un epipaleolítico tardío de tradición asturiense y lo megalítico carecen aquí de bases documentales a diferencia de la articulación que entre ambos procesos culturales fuera estimada en la costa oriental²².

La diversidad, en definitiva, atisbada a través del polimorfismo arquitectónico en los tres centros funerarios considerados, pudiera responder tanto a una diferente base de partida cultural como a las condiciones inherentes a la instalación humana en medios naturales tan contrastados, y en situaciones de relación/competencia con otras comunidades muy desiguales. Las sugerencias de arcaísmo o innovación anotadas, según hablemos del ámbito litoral o del pórtilo de la alta montaña, son, en cualquier caso, consecuencia de la lectura de un corpus documental todavía restringido. La precariedad de formulaciones complejas es evidente cuando el análisis arqueológico, orientado por interrogantes como los sumariamente reseñados, resulta tan parcial, limitado por el sesgo arquitectura-ergología, ante las pertinentes limitaciones para disponer de un enfoque amplio y transdisciplinar.

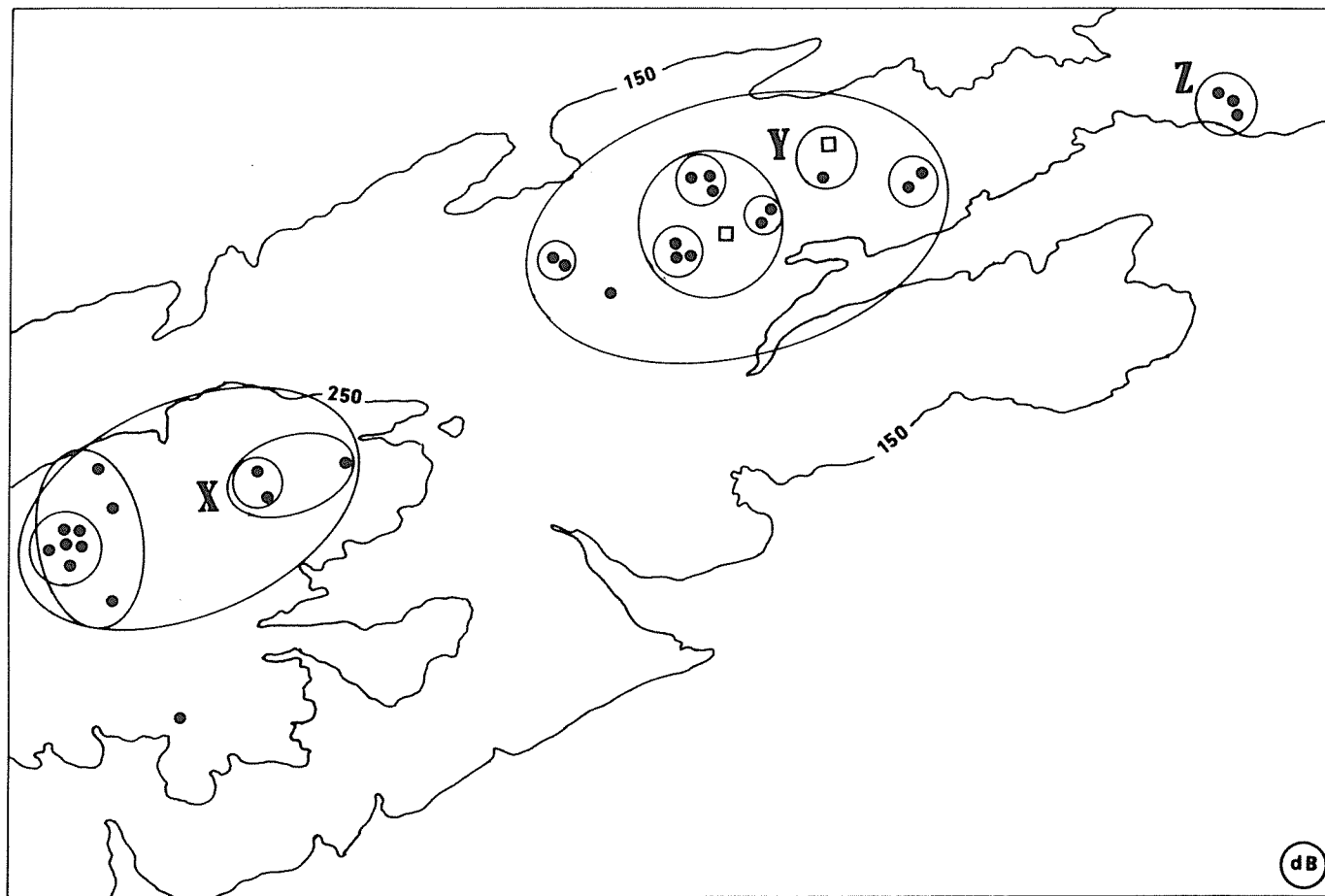
²¹ El asturiense de la región de Peñas, donde se ubica Monte Areo, está registrado hace ya años en M. Pérez, "Los yacimientos prehistóricos de la región de Cabo Peñas", en *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología. Huelva 1973*, Zaragoza, 1975, 119-132 y M. A. de Blas Cortina, M. R. Glez. Morales, C. Márquez Uría y J. Rguez. Asensio, "Picos asturianos de yacimientos al aire libre en Asturias", en *Bol. del Instituto de Estudios Asturianos*, 93-94, Oviedo, 1978, 335-336. El asturiense de Villaviciosa, en Sobrepeña (Tazones), en A. Martínez *et alii*, "Las cartas arqueológicas...", cit", 242.

²² M. R. Glez. Morales, *El asturiense y otras industrias locales*, Centro Invs. Mus. Altamira, Monografías, nº 7, 1982, 207-208 y M. A. de Blas Cortina, "La ocupación megalítica en el borde costero cantábrico: el caso particular del sector asturiano", en *El megalitismo en la Península Ibérica*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1987, 127-141.

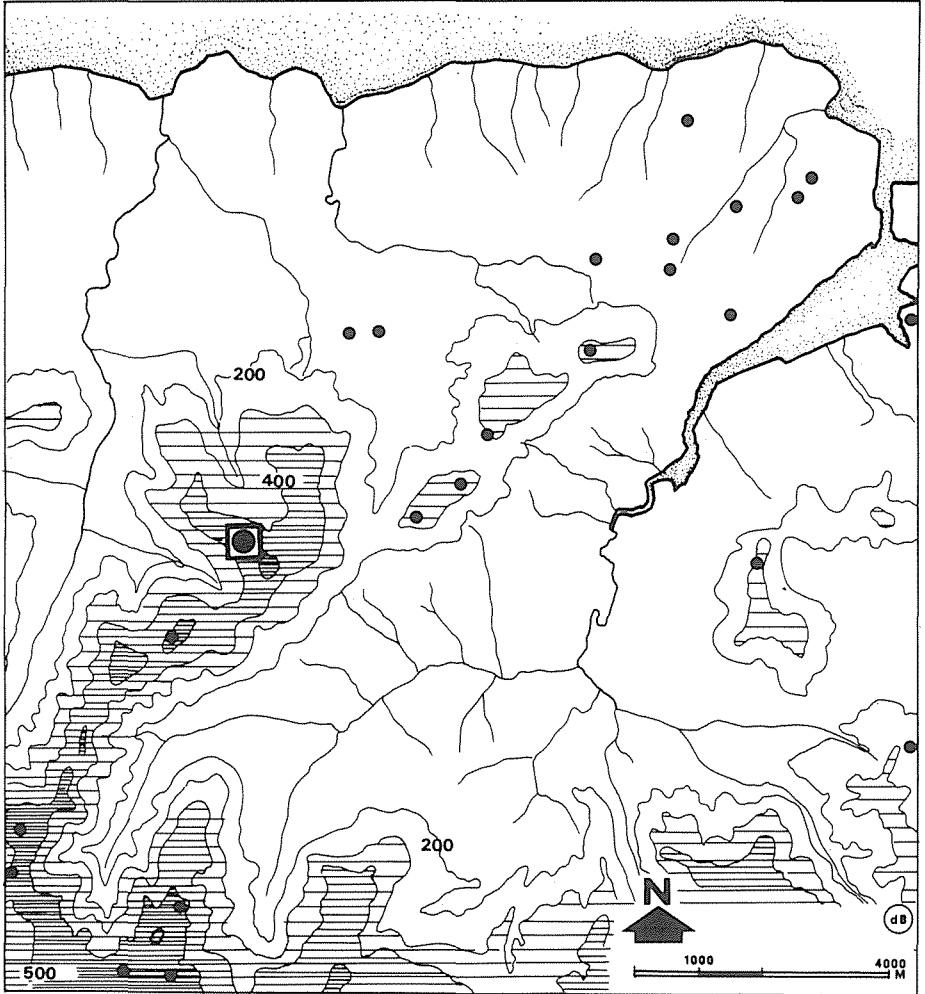
Est. I



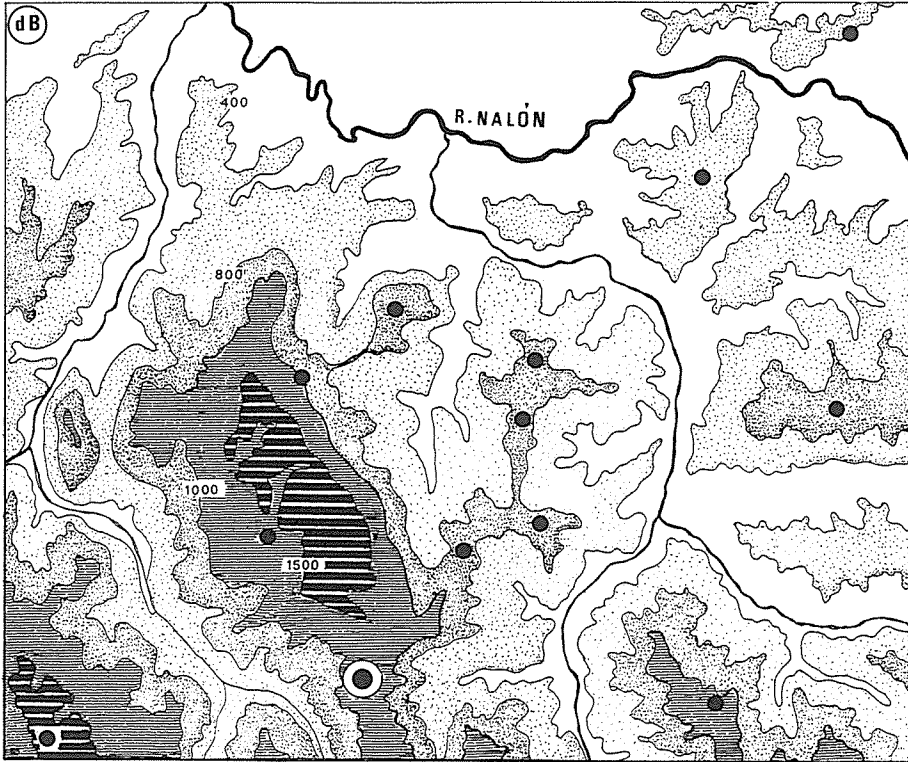
1. Localización en el sector central de Asturias de las estaciones megalíticas aludidas: A, Monte Arco (Carreño); B, La Llaguna de Niévares (Villaviciosa) y C, La Cobertoria (Lena-Quirós).



2. Monte Aro: el perceptible “orden monumental” en las planicies superiores de la sierra; X, sobre el escalón de 250 m; Y y Z sobre el de 150 m.

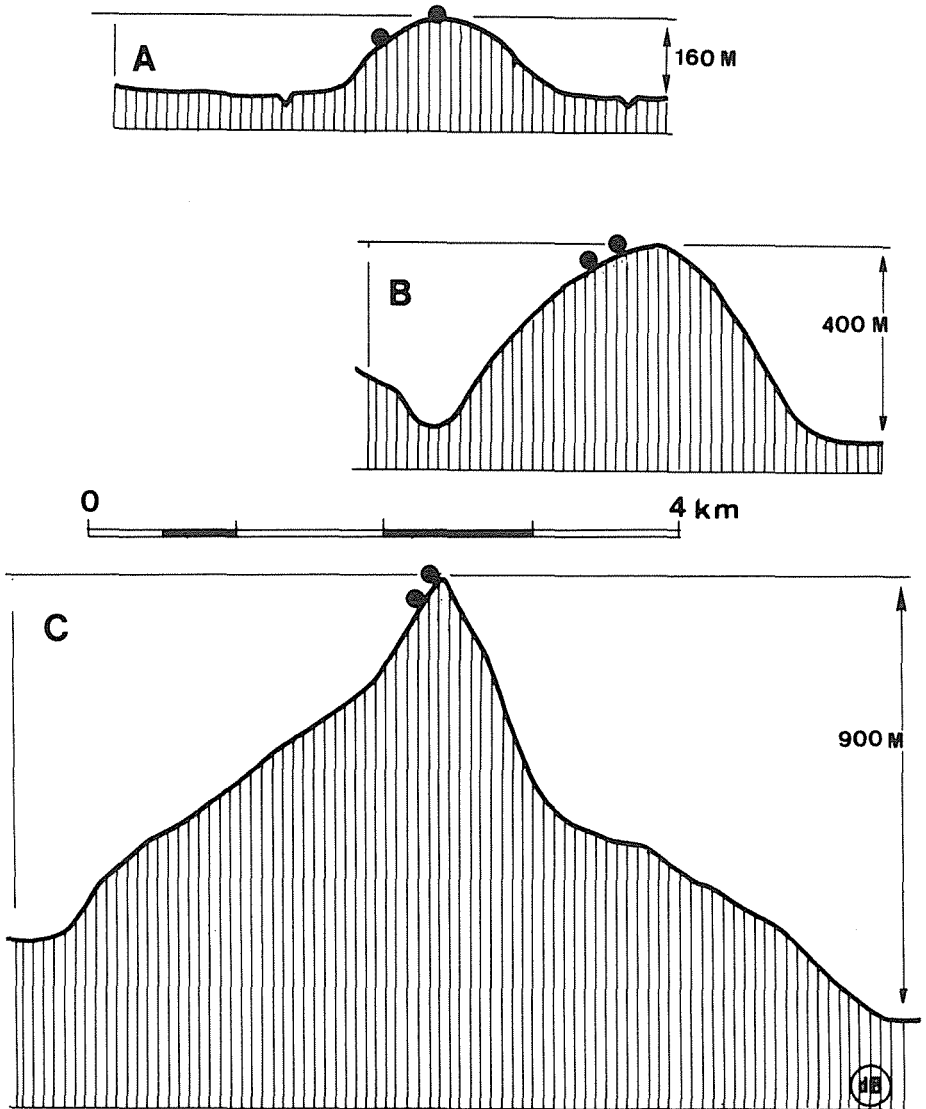


3. La estación de la Laguna de Niévares (cuadrado con círculo inscrito) en las sierras prelitorales y en relación con otras localizaciones tumulares en el ámbito costero.

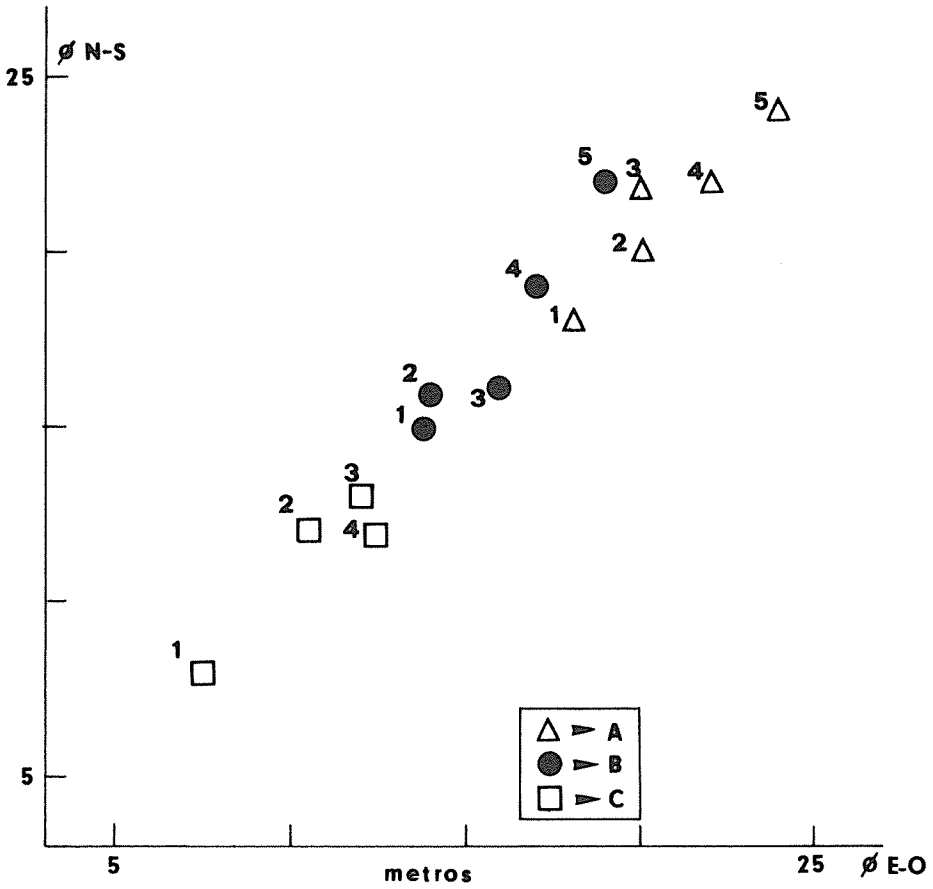


4. La Cobertoria (círculos concéntricos) en el umbral de la alta montaña y otros túmulos de su entorno.

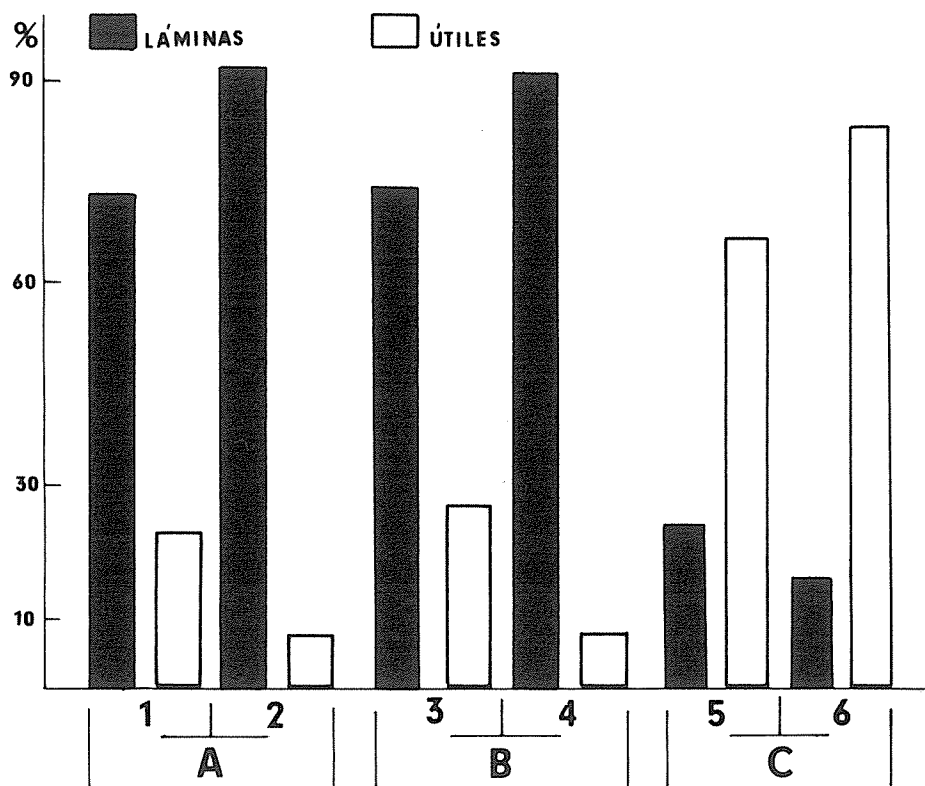
Est. V



5. Esquemas del medio orográfico de las tres estaciones y distancias en altura con respecto a los valles-tierras bajas inmediatos (las claves A, B y C en la fig. 1).



6. Dimensiones superficiales de los túmulos de las tres estaciones.



7. Binomio láminas/útiles: 1 y 2 (túmulos VI y XV de Monte Arco); 3 y 4 (túmulos C y D de la Laguna); 5 y 6 (Collá Cimera y el Llagüezu, en La Cobertoria).